Apología — selecciones — 267-268 — Robert Barclay 1678
los ministros humildes

XXIII. Si en alguna época después de los tiempos de los Apóstoles Dios ha querido demostrar su poder por medio de instrumentos débiles, para derrumbar esa sabiduría carnal y pagana, y para restaurar de nuevo la antigua sencillez de la Verdad — he aquí esa época. En nuestro día Dios ha levantado testigos para su servicio, como lo hizo a los pescadores de antaño; la mayoría son campesinos y trabajadores manuales sin erudición mundanal, que con el poder y el Espíritu de Dios han azotado la raíz y el cimiento de Babilonia, y que han tocado las conciencias de miles por la fuerza de este poder, congregándolos hacia esta misma vida y poder; aunque en lo exterior muchos son más sabios y eruditos que estos testigos, sin embargo no han sido capaces de resistir el poder que emana de ellos. De esto puedo dar testimonio yo mismo, basado en experiencia cierta, porque mi corazón ha sido frecuentemente quebrantado y enternecido por esa Vida poderosa y energética que procede del ministerio divino de esos hombres analfabetos. Por su mero aspecto, al igual que por sus palabras, frecuentemente he sentido el mal en mi interior encadenado, y lo bueno tocado y levantado. Entonces, ¿qué diré a vosotros que aman y admiran la erudición? ¿No la amaba y admiraba yo también, y con esmero la buscaba según mis años y capacidad? Pero por su amor indecible le plugo a Dios resistir mis vanos esfuerzos en el momento oportuno, cuando sólo tenía dieciocho años, y me hizo considerar seriamente (cosa que quisiera que pasara a vosotros L también) que "sin santidad y regeneración nadie puede ver a Dios,"[1] y "el temor del Señor es el principio de la sabiduría, y apartarse del mal, la inteligencia."[2] También, ¡cuánto "el conocimiento envanece"[3] y nos extravía de esa quietud, tranquilidad, y humildad interior de la

[1] Véase Hebreos 12:14
[2] Job 28:28
[3] 1 Corintios 8:1

mente en la que el Señor se manifiesta y revela su sabiduría celestial! Si consideráis estas cosas, diréis conmigo que toda esta sabiduría, erudición, y conocimiento adquiridos por la naturaleza degenerada sólo son escoria y estiércol comparado con la cruz de Cristo, especialmente cuando carecen de esa Vida, fuerza, y poder de que vi repletos esos excelentes testigos de Dios aunque menospreciados y analfabetos. Entre ellos, yo y muchos otros hemos encontrado ese alimento celestial que nos contenta, y por lo tanto deseo que mi alma busque esta erudición, y que la espere por siempre.

Fuente: Robert Barclay, *Apology for the True Christian Divinity,* prop. X, sec. XXIII,(Glenside, PA: Quaker Heritage Press, 2002), pp. 267-268; y Roberti Barclaii, *Teologiae verè Christianae apologia,* facsimile (Amsterdam: Jacob Claus, 1676), pp. 202-203